

te, la inflexible perseverancia, y el menosprecio y la dureza hacia los réprobos ó rechazados.

También ejerció extraordinaria influencia en las manifestaciones exteriores de la sociedad eclesiástica, tales como se planteaban en las *Instituciones* y se practicaron mas adelante en todas partes.

De Zwinglio y de la Iglesia reformada aceptó Calvino la doctrina de que la Iglesia era la comunidad de las cosas sagradas, si bien entendió esta comunidad en un sentido distinto del que Zwinglio le daba; pues mientras este creía que la comunidad de las cosas sagradas es la union de aquellos que se sometian á las doctrinas de Cristo, Calvino opina que comprende solo á los escogidos por Dios, de suerte que bajo un mismo nombre entendia cada uno una cosa distinta. Y como la Iglesia verdadera é invisible tenia su expresion correspondiente en la terrenal y visible, Calvino exigia no solo la identificacion de todos los miembros de la Iglesia con las verdaderas y puras doctrinas, sino también la mas severa y rigurosa disciplina religiosa contra «los lobos disfrazados de ovejas.» La comunidad de las cosas sagradas debía presentarse como una comunidad santa por los mas duros medios disciplinarios. La Iglesia terrenal era tanto mas sagrada cuanto mas tendia á la perfeccion; pero á pesar de esto no era perfecta. Por lo mismo, y aquí encontramos de nuevo las tradiciones de Wicleff y de Zwinglio, debian ejercer el derecho disciplinario eclesiástico no unos determinados sacerdotes, ya que nada justificaba esta práctica, sino la comunidad de todos los escogidos que eran iguales en derechos. De suerte que Calvino no hablaba como *sacerdote*, sino como *siervo* de la palabra divina. Este principio democrático introducido en la vida eclesiástica, á medida que se aumentó la importancia del calvinismo, ejerció preponderante influencia en la vida política de los creyentes. Mientras Lutero prosiguiendo su obra de reforma, abandonó sus propias ideas respecto del sacerdocio general de cada cristiano, fundando una jerarquía eclesiástica que arrancaba de un seglar, el príncipe del país, la Iglesia reformada ponía la fuerza principal en el comun de los fieles, abandonando á estos por completo la administracion del culto y la idea del sacerdocio. «Se ordena, dicen las Instituciones (VIII, 49), que el llamamiento del *servidor*, conforme con la palabra de Dios, sea el que periódicamente aparezca resultar de la voluntad del pueblo.» El luteranismo estaba dirigido y protegido por el poder de los príncipes, mientras que la Iglesia reformadora crecía y se desarrollaba en medio de pueblos democráticos. Este carácter republicano y la emancipacion de la potestad y tutela teológicas, dieron á los sectarios de Zwinglio y de Calvino una independencia, un entusiasmo, una fuerza de iniciativa y una energía que en vano buscamos en los luteranos. Los pueblos que quieren aliar la libertad con la fe no abrazan el luteranismo sino el calvinismo.

En oposicion con Lutero y de completo acuerdo con Zwinglio, quita Calvino al Estado el derecho de dominar en las conciencias. Debe prestarse á la superioridad una obediencia absoluta, porque es un instrumento de la cólera divina. «Pero hay que tener en cuenta que no por eso nos oximimos de la obediencia al Todopoderoso.» Por muy grande que sea el peligro á que pueda exponerse el que desobedezca á los reyes, la resistencia es necesaria, cuando las órdenes de estos son contrarias á la voluntad de Dios. Así termina Calvino su capítulo sobre la administracion política (XX, 31), y sus discípulos pusieron en práctica estas doctrinas distintas veces, con la espada y la pistola.

Un espíritu de convencimiento, el mas profundo, el mas verdadero, preside en toda esta obra, que si no es enteramente original, está profundamente meditada, y en la cual

domina un estilo enérgico, y á menudo un tanto rudo, que produjo en aquel tiempo gran impresion. La Institucion Cristiana, obra profunda, clara y lógica, fué el libro canónico del protestantismo del Oeste y del Sur de Europa, el Talmud de los heréticos como le llamaban sus adversarios. Aun cuando Calvino no hubiese escrito posteriormente en Ginebra otras obras, esta bastaria por sí sola para ponerle entre los primeros adalides de la Reforma.

Calvino temia que la publicacion de sus obras le atrajese nuevas persecuciones, á consecuencia de lo cual, segun parece, y antes de terminada la impresion, abandonó á Basilea, para trasladarse á Italia (1).

También en Italia habia encontrado la Reforma gran número de adeptos públicos y secretos (2). Ciertamente que la poblacion en general no mostró simpatía alguna por las doctrinas claras é inteligibles ni por las formas sencillas de la nueva religion, y que los intereses nacionales y personales estaban en aquel país íntimamente ligados con la conservacion de la jerarquía católica y especialmente del Papado. Pero, esto no obstante, el humanismo, que penetraba en las clases mas elevadas y cultas, abrió el camino á la Reforma. Un librero de Pavia, Calvi, imprimió las principales obras de sus teólogos con nombres italianizados; y los muchos alemanes que ya como soldados, ya como estudiantes residían en Italia, extendieron por ella las doctrinas heréticas. En Venecia, centro importante del tráfico con Alemania, habia ya protestantes en 1528; en Turin y en Pavia, Celio Curione, adicto á las doctrinas reformistas, habia predicado con gran éxito en ambas ciudades las de Lutero y de Zwinglio.

Dos tendencias se notan en este movimiento protestante de Italia, una humanista y otra extraordinariamente mística, ambas opuestas así á la Reforma alemana, como á la suiza.

El principal representante de la primera fué un célebre español, residente en Nápoles, Juan de Valdés, que habien-

(1) Son muy diversas las opiniones que acerca de la permanencia de Calvino en Italia se han emitido. A. Rilliet en su *Carta á Mr. Merlé d'Aubigné* (Ginebra 1864) cree que el reformador se puso en camino para Ferrara en marzo de 1536, fundándose en una carta en que Bullinger recuerda 21 años despues haber conocido en 1536 á Calvino en Basilea; en otra del reformador, en la cual este hace notar que se llevó consigo á Italia una de sus obras, que probablemente es la *Institución*, y por último en un párrafo del preámbulo de los salmos, en el cual Calvino dice que salió de Basilea en cuanto hubo publicado la *Institución*. Bonnet, el adversario de Rilliet, está tan en desacuerdo con este en su *Calvino en Italia*, que es difícil tener por concluyentes tales fundamentos. Lo que hay de cierto es que Calvino se presentó en Ginebra en los primeros dias de julio de 1536 y que antes de ir á Ginebra y despues de su viaje á Italia, habia permanecido algun tiempo en Francia, donde regularizó su posicion civil y tomó consigo á todos sus hermanos. Si se tiene en cuenta la lentitud de los medios de transporte de aquel tiempo, se observará que un viaje desde Ferrara al Norte de Francia y desde allí á Ginebra no podia llevarse á cabo en menos de seis semanas, y agregando á estas los 14 dias que permaneció en su patria, se verá que su partida de Ferrara debió efectuarse, lo mas tarde, á principios de mayo. De suerte que si Calvino hubiese salido de Basilea á fines de marzo, apenas hubiera podido permanecer algunos dias en Ferrara, lo cual es tanto menos probable, cuanto que trabó estrechas relaciones en la corte de esta ciudad italiana y visitó otros lugares de Italia. Es pues probable que, despues de tantos años, Bullinger se equivocase en algunos meses; que Calvino llevara consigo el manuscrito de su *Institución* á Ferrara y que, por último, el dato de la publicacion se refiriera al principio y no al fin de esta: todo lo cual nos hace creer que el viaje de Calvino á Italia se efectuó en los últimos meses del año 1535. Que su permanencia en Italia fué de corta duracion nos lo demuestra la frase de su amigo Béze, el cual en su *J. Calvini Vita* dice *Ceterum ex Italia in cuius fines se ingressum esse dicere solebat, ut inde exiret, in Galliam regressus, etc.*

(2) Merlé d'Aubigné: *Historia de la Reforma en Europa en tiempo de Calvino*: tomo IV (Paris 1866) 569.—Benrath: *Bernardino Occhino de Siena* (Leipzig 1875).

do pertenecido á la corte de Carlos V y habiendo acompañado á este en su expedicion á Alemania, conoció á Erasmo de Rotterdam y á los reformadores. Valdés se habia ya distinguido como escritor filológico y político en un *Diálogo sobre los idiomas* y, junto con su hermano Alfonso, hombre muy versado en la lengua latina, habia publicado los *Dos diálogos*, en los cuales defendia la política de Carlos V contra la Curia romana, habiéndose por ello atraído la enconada enemistad de Roma (1). Alfonso habia muerto en 1532, y Juan se habia retirado á Nápoles, á la vida privada. Ciertamente Juan de Valdés, hombre enfermizo y dotado de un talento mas claro y fino que extraordinario, no se presentó en primer término, pero encontró un entusiasta amigo en el prior Pedro Mártir Vermigli, formándose, bajo la direccion de ambos, en Chiaja, arrabal de Nápoles, un círculo de personas notables de ambos sexos, excelentes y eruditas partidarias de la Reforma. La célebre poetisa Victoria Colonna, la confidente de Miguel Angel (2), y otras nobles damas, como Julia de Gonzaga, la duquesa de Trajetto, la mujer mas hermosa de su tiempo, abrazaron sus doctrinas.

Estas doctrinas no admitian el austero dogma de la predestinacion, sino que, segun las teorías de su círculo, todos podian alcanzar la salvacion eterna reconociendo á Cristo y creyendo en él. «Yo debo, decia Valdés, guardarme, como del fuego, de perseguir á nadie bajo el pretexto de que haciéndolo así sirvo á Dios.» Toda mortificacion inútil del cuerpo y toda dureza contra los que profesaban otras creencias, quedaban en esta secta suprimidas (3). ¡Brillante y noble consecuencia del humanismo! Un ex-secretario de Clemente VII, Pedro Carneseccchi, que fué luego protonotario del Papa, se pasó á las filas de Valdés (4); y el arzobispo de Otranto, uno de los confidentes de Juan, le auxilió en su temprana muerte (1541) y se dedicó á la asidua lectura de sus escritos. Mas adelante se dijo que Valdés habia muerto mas almas, que soldados habian sido conducidos al sacrificio. Entre los 3,000 partidarios de las ideas reformadoras, se contaban en Nápoles muchos maestros de escuela (5). Pero también en otras partes habia hombres que profesaban las mismas doctrinas: así en Siena vivia el erudito humanista y poeta Paleario de Veroli (6) que sin temor á los innumerables católicos que le rodeaban, predicaba las doctrinas justificadoras, al estilo de Alemania, y que fué llevado á los tribunales por haber publicado un folleto «De los beneficios de Cristo» del cual se vendieron mas de 40,000 ejemplares, y en el cual exponia sus doctrinas conformes con las de los reformadores alemanes. Paleario, aunque absuelto libremente, tuvo que abandonar la ciudad, pero dejó en ella un gran número de partidarios: y cuando posteriormente fué nombrado catedrático de Lucca y luego de Milan, propagó, en

ambas ciudades, con gran actividad sus doctrinas evangélicas, llegando á formarse en la primera una verdadera comunidad protestante.

De Siena salió también el mas entusiasta y popular adalid de la tendencia reformadora, Bernardino Occhino. Este entusiasta, estricto observador de la ascética piedad de la órden de los franciscanos, ingresó despues en la mas austera de los capuchinos. Su energía, sus mortificaciones, su sabiduría y sus ardientes predicaciones le conquistaron en toda la Italia Central gran fama y el nombre de santo, siendo nombrado por el Papa misionero apostólico. Bernardino, sin pasarse abiertamente á la Reforma, contentóse con acomodar la Biblia á sus opiniones y creencias.

Esto hacia exclamation á Clemente VII en 1530: «La plaga del luteranismo ya no se presenta tan solo en los legos, sino en los sacerdotes y monjes.» En todas las ciudades principales de Italia habia un número mas ó menos considerable de hombres célebres, que profesaban las nuevas doctrinas religiosas, y aun en la misma papal Bolonia existia un pequeño grupo de protestantes. El Papado conoció que era necesario atraerse de nuevo á los mas moderados de los adeptos de la Reforma; y á este objeto concedió la púrpura cardenalicia á Gaspar Contarino, Sadoleto, al arzobispo Frago de Salerno, y al inglés Reginaldo Pole que, profesando las doctrinas de Lutero, se habian colocado en una situacion intermedia. El papa Paulo III fué el que dió el paso mas hábil para atraer nuevamente á estos hombres al catolicismo y conseguir que dentro de la poderosa organizacion de este desapareciesen pronto sus individualidades. Con esto se quitaron á la Reforma muchas fuerzas importantes que luego se desarrollaron con esplendor y éxito en el seno de la antigua Iglesia.

Los partidarios decididos de las doctrinas alemanas encontraron un apoyo y una defensa en la duquesa Renata de Ferrara. Esta hermana de Luis XII, rey de Francia, perfectamente instruida, criada en las ideas de su tia Margarita, pero mas enérgica y mas sincera que esta, se casó con un príncipe que distaba mucho de poseer las cualidades que ella tenia, é hizo de su pequeña corte el centro de los eruditos y de los poetas y á veces también de los perseguidos protestantes. Ya en 1528, la poblacion de su residencia profesaba en su mayor parte las doctrinas luteranas; y despues desde la capital fueron extendiéndose por todo el resto del Principado, de tal suerte que Módena fué muy pronto una ciudad luterana y el mismo obispo Morone favoreció á los innovadores. A esta corte se dirigió Calvino, el cual con la penetracion práctica del hombre destinado por la naturaleza á una gran actividad, supo encontrar en seguida el lugar que mas convenia á sus fines. La princesa Renata acogió con placer á su compatriota, que vivió allí por algun tiempo con distinto nombre y como un noble francés. Calvino fortaleció en ella las ideas protestantes y la agradecida princesa mantuvo animada correspondencia con su director espiritual. Un núcleo cada vez mayor de italianos rodeaba al insigne predicador, que permaneció un tiempo harto escaso en Ferrara para ejercer en esta ciudad una influencia permanente. Precisamente en aquel tiempo comenzó en Italia la persecucion severa contra las ideas reformistas; en febrero de 1536 habia publicado Carlos V en Nápoles un severo edicto prohibiendo todo trato con los herejes. Las consecuencias de este edicto fueron mas adelante: el espionaje de la Inquisicion, que descubrió el verdadero nombre de Calvino, la hostilidad del duque y las creencias católicas de la gran mayoría del pueblo italiano, indujeron al reformador á emprender, en 1536, una fuga que pronto la tradicion hermoseó con aventuras legendarias y milagrosas historias.

(1) Las obras de Juan de Valdés se encuentran en la coleccion de Reformistas antiguos de España, tomos IV, IX-XI, y XV-XVII. En el último tomo se continúa la correspondencia de sus dos hermanos Pedro Mártir y Alfonso.—Noticias biográficas y bibliográficas de los dos hermanos en la obra de Ed. Bohmer, *Reformadores españoles* (Estrasburgo y Londres 1874, segun los materiales acopiados por Wiffen) I, 65.

(2) Era de esperar que en las preciosas y recientes obras de A. de Remont (Friburgo 1881) sobre Victoria Colonna, se expondrían las tareas religiosas de esta notable mujer; pero tales esperanzas no se confirmaron. Esto no obstante es indudable que sus escritos ejercieron poderosa influencia en la Reforma italiana, segun se desprende de un artículo sobre el ya citado libro de Benrath, publicado en la *Gaceta universal alemana* de 4 de enero de 1882.

(3) J. de Valdés, *110 Consideraciones*, 69, 76 y 79.

(4) Wiffen, en la Biografía de los hermanos Valdés, en el cuaderno 16 de la *Reform. esp.* p. XVI.

(5) Benrath, Occhino 77.

(6) J. Bonnet, *Antonio Paleario*, traducido por Merschman (Hamburgo 1862).

Calvino se dirigió entonces de nuevo á Francia, donde pudo permanecer por algun tiempo sin peligro, pues ninguna sentencia formal se habia pronunciado contra él. En Noyon arregló sus intereses y los de sus hermanos de ambos sexos y luego se llevó á estos consigo, abandonando por muchos años la patria, que parecia completamente sometida al catolicismo.

Su intencion era dirigirse á alguna ciudad protestante del Sur de Alemania, á Estrasburgo ó á Basilea; pero como entonces habia estallado la guerra entre Carlos V y el rey de Francia, vió cortado el camino que debia conducirlo al Alto Rhin, y tuvo que dar un rodeo por Suiza. Ese contratiempo, verdaderamente providencial, influyó mucho en la vida de Calvino, y no poco en el porvenir del protestantismo en la Europa occidental.

Durante el curso de su viaje, llegó Calvino, á principios de julio de 1536, á Ginebra, donde solo habia pensado pasar una noche. Pero allí un antiguo amigo conoció en aquel jóven de corta estatura, flaco, de pálido rostro, de hundidos ojos, de elevada frente y de puntiaguda y negra barba al ya célebre, erudito y reputado autor de la *Institutio religionis Christianæ*, tan leida entre los protestantes. En seguida participó su descubrimiento á algunos sacerdotes ginebrinos que decidieron conseguir á toda costa que Calvino se detuviera en la ciudad, la cual á su juicio necesitaba imperiosamente de un consejero religioso, instruido, inteligente y activo.

Ginebra no era entonces conocida todavía como la Roma protestante. Ginebra, situada en las fronteras de Alemania, Francia é Italia, en el punto en que el Ródano abandona las comarcas elevadas, era ya, hacia mucho tiempo, un gran centro mercantil y una ciudad que por su industria habia alcanzado fama europea. Su historia no era tampoco ajena á las luchas políticas; allí como en tantas otras ciudades episcopales de la Edad media, estaban en pugna los derechos del pueblo, del cabildo catedral, del obispo, príncipe del país, y de su patrono seglar el duque de Saboya. En estas circunstancias el espíritu liberal de la burguesía adquirió gran preponderancia durante largos años. La existencia tranquila, franca é inteligente corria parejas en Ginebra con la frivolidad, el lujo y el afán de placeres. Pero á medida que la pequeña vida comunal se ostentaba mas brillante, á medida que la ciudad iba siendo la llave del lago de Ginebra y del valle del Ródano, tanto mas trataban los duques de Saboya de convertir sus derechos sobre aquel valle en una soberanía directa del país. A principios del siglo xvi las cosas habian llegado á un punto tal que Ginebra casi no se distinguia sino por el nombre de las demás ciudades de Saboya, á cuyo ducado pertenecia la orilla septentrional del Lemán, el Vaud. El duque Carlos III queria acabar con el nombre de libertad y creyó tanto mas fácil conseguir su objeto, cuanto que habia logrado colocar en la silla episcopal de Ginebra á un vástago ilegítimo de su familia, llamado Juan. Contra tan despóticos planes se levantaron los ginebrinos, acaudillados por Bonivardo, Berthellier y Besanzon; pero el duque y el obispo pudieron al fin en la primavera de 1519 someterlos, empleando unas veces la astucia y otras la fuerza. Berthellier fué condenado á muerte, Bonivardo encarcelado, y sus partidarios, unos perecieron á manos del verdugo y otros fueron encerrados en la cárcel. Los partidarios del de Saboya, los *mamelucos*, como se les acostumbraba á llamar, obtuvieron una completa victoria sobre sus adversarios, los cuales, por querer unirse con Suiza, fueron señalados como *confederados* ó *afrancesados* hugonotes. Durante la dominación del obispo Juan, el poder de la Iglesia estuvo íntimamente ligado con los intereses ducales; pero fué peligroso para el catolicismo el hecho de que el sucesor de Juan, Pe-

dro de la Baume, despues de titubear algun tiempo, se inclinara á la casa de Saboya. Hasta fines del año 1525 Carlos III, de completo acuerdo con el obispo y por medio de violencias de toda clase, dominó en la abatida ciudad. Los mercenarios y sacerdotes saboyanos eran los que en ella preponderaban, y entre 12,000 habitantes habia 300 clérigos. Pronto, sin embargo, cambiaron las cosas: Besanzon, que habia podido huir de su patria, habia obtenido promesa de apoyo de los cantones vecinos Berna y Friburgo, y confiados en el auxilio de estos, se levantaron los confederados en Ginebra y esta ciudad consiguió el derecho de ciudadanía, es decir, que entró en estrecha y eterna alianza con Berna y Friburgo. Los *mamelucos* y los funcionarios del duque tuvieron que huir (1526), y en vano Carlos atacó la ciudad que fué puesta en entredicho por el arzobispo de Viena, pues los berne- ses y friburgueses acudieron al auxilio de sus conciudadanos y derrotaron por completo á las tropas del de Saboya. En el tratado de Payerne (1531) la Confederacion ratificó la concesion del derecho de ciudadanía hecha por Berna y Friburgo á Ginebra, y el duque tuvo que contentarse con una confirmacion solo aparente de derechos de escasa importancia.

La lucha política se habia decidido en pro de Ginebra, habiéndose además sembrado el germen de la discordia religiosa. Entre los confederados de Ginebra, Berna era superior á Friburgo en fuerza y en celo político, por lo cual procuró desde luego adquirir una influencia exclusiva sobre sus amigos, los ginebrinos, sirviéndose principalmente para ello del poderoso medio de la comunidad religiosa. Mientras Friburgo seguia profesando las creencias tradicionales, Berna se habia adherido á las doctrinas reformistas, consiguiendo hacer en Ginebra algunos partidarios de la Reforma, los cuales eran señalados como *benévulos*, y tuvieron, en 1532, un poderoso caudillo en Guillermo Farel, tenaz y fogoso meridional del Delfinado (1), hombre de cuarenta años, fanático adversario del Papado y del dogma católico. Obligado, á causa de las persecuciones religiosas, á emigrar de su patria, habia comenzado Farel, protegido por Berna, sus misiones protestantes en los territorios del Jura, obteniendo gran éxito sus predicaciones en muchos lugares, por mas que fueron en un principio muy mal acogidas. En Ginebra, el favor de Berna le sirvió de poco, pues apenas se presentó en la ciudad, amotinóse la mayoría de los ciudadanos y le intimaron que saliera de ella bajo pena de muerte.

Berna, á consecuencia de la victoria conseguida por los cantones católicos sobre Zwinglio y Zurich, en la conocida guerra de Cappel, habia quedado de tal suerte abatida, que por algun tiempo sufrió impasible el agravio inferido á su protegido, hasta que algunos protestantes ginebrinos pasaron allá y excitaron á los berne- ses á que intervinieran en el asunto. Viendo de esta suerte robustecida su accion, los gobernantes de Berna adquirieron mayor confianza y exigieron una satisfaccion para su protegido Farel y para los «amigos de la verdad.» Entonces ocurrió en Ginebra la lucha entre los dos partidos religiosos, lucha que terminó de nuevo con la victoria de los antiguos creyentes, protegidos por Friburgo; con lo cual el obispo Pedro de la Baume pudo nuevamente regresar á Ginebra.

La reaparicion de este antiguo partidario de la tiranía de Saboya disgustó profundamente á un gran número de ginebrinos, y la arrogante y poco hábil conducta del obispo produjo gran descontento. Los berne- ses y los ginebrinos no querian que los friburgueses adquiriesen preponderancia en

(1) *Vida inédita de Farel* por Froment: Mignet, *Memorias históricas* (Paris 1854), párrafo 388.

Ginebra; la libertad de esta ciudad parecia gravemente amenazada, y á salvarla tendieron los esfuerzos del Consejo de los berne- ses y del protestantismo. El pusilánime prelado creyó que lo mas seguro para él era salir de la ciudad y retirarse á su rica abadía de Saboya. A consecuencia de esto, Friburgo y los católicos quedaron muy abatidos, mientras que Berna exigia cada vez con mayor insistencia proteccion para sus amigos protestantes en la ciudad que participaba del derecho de ciudadanía, por Berna concedido. Farel y sus adeptos regresaron de nuevo á Ginebra; los caudillos del partido católico fueron encarcelados por haber insultado á los señores de Berna, y los *benévulos* adquirieron mayoría en el Consejo de la ciudad. Profundamente humillada, Friburgo renunció á participar del derecho de ciudadanía de Ginebra, con lo cual privó á sus partidarios y á los del catolicismo del último apoyo en la ciudad del Lemán. En vano intentó el Consejo impedirlo, pues bajo la inteligente direccion de Berna, que esperaba robustecer así el bando religioso como el político, el número de protestantes se aumentó considerablemente entre los seglares y los eclesiásticos. Cuando el obispo tomó las armas contra su infiel rebaño, el ataque de los católicos se confundió con el de los *mamelucos*, y el odio general que á estos se profesaba se hizo extensivo á aquellos. La influencia de Berna fué entonces extraordinaria; en agosto de 1535 las turbas de Farel invadieron las iglesias, destruyendo las estatuas, imágenes y crucifijos, prohibiéndose celebrar desde el día 10 de aquellos meses y año ningun servicio católico público; y los que infringian esta disposicion eran castigados con la prision ó con el destierro; por lo cual muchos antiguos creyentes abandonaron la ciudad.

La cuestion de la reforma religiosa se unió cada vez mas íntimamente con la de la libertad política.

Por otra parte el duque Carlos III, aprovechando con gusto el pretexto que le ofrecian la separacion de Ginebra del catolicismo y la suspension de los privilegios episcopales, unióse con Pedro de la Baume, y reanudó la lucha contra la rebelde ciudad, creyendo deber temer poco á la Confederacion suiza, por estar esta muy dividida á causa de las luchas entre católicos y protestantes. Las tropas saboyanas cercaron y atacaron pronto los muros de la ciudad (otoño de 1535), pudiendo apenas entonces conocerse á la antigua y apacible Ginebra. Los arrabales y las casas de campo fueron incendiados, y las familias católicas tuvieron que emprender la fuga; el desaliento y el fanatismo religioso reinaban en la ciudad, que á cada momento creia ver asaltados sus débiles baluartes por sus desapiadados enemigos. El rey de Francia, por otra parte, dió á entender claramente que de buena gana se apoderaria de aquella poblacion importante y tan bien situada.

Cuando se encontraba en la situacion mas apurada, recibió Ginebra el auxilio de Berna; y uniéndose tambien á ella los habitantes del Valais y de Friburgo (1536), la victoria fué tanto mas fácil á los aliados, cuanto que Carlos III recibió la noticia de que por aquel tiempo un ejército francés habia invadido y saqueado sus dominios. Los berne- ses se apoderaron sin dificultad del canton de Vaud, y Ginebra se vió para siempre libre de sus tiranos. En la *pas eterna*, garantizó Berna á Ginebra su independencia, con la sola condicion de que no podria formar alianza alguna sin el consentimiento de su poderosa aliada.

La lucha por la libertad habia tocado á su término; pero Ginebra no se mostraba muy contenta, pues no solo veia destruidos su bienestar, su comercio y su industria, sino que el orden moral estaba completamente perturbado por la larga guerra, por las luchas civiles y por las reformas religiosas.

Las escuelas estaban desiertas, y en cambio las tabernas y las casas de juego se veian siempre llenas. La autoridad no encontraba obediencia alguna en aquella poblacion, acostumbrada ya al desórden. En tan desfavorables circunstancias, hubo de reconocer Farel que no estaba en condiciones para llevar á cabo la tarea de arraigar en las conciencias la reforma que parecia ya completa en el exterior; por esto acogió con satisfaccion la noticia de que Calvino se encontraba en Ginebra, y se empeñó en que se le hiciera quedar en la ciudad. En seguida dirigióse á la fonda y exigió de su compatriota que contribuyese en Ginebra á la obra del Señor. En vano se excusó Calvino, pues el celoso Farel le contestó: «Tomas por pretexto tus estudios, pero en nombre del Dios Todopoderoso te anuncio que su maldicion caerá sobre tí si nos niegas tu cooperacion á su obra y si prefieres otra cosa á Cristo.»

El jóven sabio, sin experiencia alguna hasta entonces en la cosa pública, se mostró en seguida humilde y resignado; sus claras y elocuentes predicaciones produjeron gran impresion, y el fanático respeto que Farel profesaba á su compañero, mucho mas jóven, dió á este una consideracion extraordinaria. Su profundo talento práctico le permitió acometer la empresa que Farel no habia podido llevar á cabo, cual era la organizacion de la vida y de los dogmas de la poblacion protestante de Ginebra. Las dos primeras cosas que hizo Calvino fueron redactar un formulario de profesiones de fe y escribir un catecismo, ambas cosas aceptadas despues de algunas vacilaciones. Las escuelas se vieron entonces muy concurridas, acudiendo á ellas muchísimos jóvenes extranjeros.

Calvino mostró al poco tiempo cuán poco dispuesto se encontraba su carácter enérgico é intolerante á dejar al poder secular aquella independencia que habia consignado como dogma en su *Institucion cristiana*, pues dió preceptos morales y leyes de disciplina eclesiástica, para cuyo estricto cumplimiento se apeló al Consejo, y lanzó la excomunion y castigó á veces con el destierro á sus contrarios y á los que cometian cualquier exceso. La intolerancia del calvinismo se manifestó claramente en los primeros hechos de su fundador.

Esto produjo entre los variables ginebrinos, amantes del placer y de la libertad, gran descontento que supieron explotar los anabaptistas y los católicos. Entonces comenzó la indignacion contra los predicadores franceses que se encontraban tan firmemente unidos y que, llamando á sí á sus parientes y amigos, querian imponer el yugo á los libres ginebrinos. La exigencia de que todos jurasen las creencias predicadas por Farel y Calvino, fué el pretexto que sirvió para que estallara el descontento; pero puso límite á las pretensiones de ambos la poderosa Berna que exigió el restablecimiento de las prácticas religiosas berne- ses abolidas en Ginebra por los radicales partidarios de Calvino. En tales circunstancias verificáronse las elecciones municipales de 1538 (1) que fueron completamente desfavorables á Calvino y á sus adeptos.

Estos, entre tanto, no pensaban en ceder, y antes al contrario lanzaban desde los púlpitos amargas quejas contra la soberanía de la ciudad y contra el pueblo mismo, y verificaban las ceremonias de su culto, á pesar de la prohibicion que se les habia impuesto. Por tanto, el Consejo y la burguesía acordaron en abril de 1538 desterrar á Calvino, á Farel y á los demás predicadores franceses. Entre desprecios é

(1) En enero de 1538 comenzó la serie de *Cartas francesas de Juan Calvino*, publicadas por J. Bonnet en Paris en 1854. De las 278 cartas en ese año publicadas, 170 eran inéditas hasta entonces.

insultos salieron estos de la ciudad, mientras la población celebraba con júbilo su alejamiento como una liberación del yugo opresor. Después que Calvino y Farel solicitaron, en vano, durante muchas semanas, que se levantara su destierro, se retiraron humillados a Basilea, no sin que sus propios amigos les dirigieran duras reconvenciones.

Durante el otoño del año 1538, pudo Calvino ver mejorada su situación pública: mientras Farel encontró un asilo en Nuremberg, adquirió Calvino en Estrasburgo gran reputación, como predicador de la numerosa colonia que en esta ciudad habían formado los fugitivos franceses. Tres años permaneció en la metrópoli del protestantismo de la Alta Alemania; tres años que fueron importantes, no solo para su vida privada, pues constituyó un hogar casándose, en 1540, con una viuda, Idelette de Buren, sino para su porvenir como reformador y hombre de Estado.

En medio de un gran pueblo cuyas relaciones mercantiles se extendían por todo el mundo, y que se veía gobernado por hábiles políticos, abriéronse a sus ojos nuevos horizontes y se modificaron y robustecieron sus principios. Trabajó relaciones con los reformadores alemanes, incluso Melancton, relaciones que suavizaron la oposición existente entre los protestantes romanos y germanos, estrechando más los vínculos que les unían. Tomó además parte en las discusiones religiosas de Worms y Regensburg, no asintiendo, sin embargo, del todo a la forma laica del protestantismo alemán; pues su orgullo moral se resistía a aprobar la absoluta dependencia en que se encontraban los predicadores alemanes respecto del poder del Estado. Por fin pudo administrar libremente su pueblo consiguiendo hacer una brillante prueba de los principios de su disciplina eclesiástica que planteó enérgica y seguramente. Pronto dominó por completo a sus creyentes, ejerciendo sobre ellos la más absoluta soberanía, a cuyo objeto utilizó sus propias doctrinas perfeccionando y ampliando sus Instituciones y publicando tratados dogmáticos y exegéticos.

De esta suerte se preparaba para la importante obra a que pronto había de ser llamado.

Una de las circunstancias que más favorecieron a Calvino y a su causa, fué que entre los políticos y entre los predicadores de Ginebra que pertenecían al opuesto bando, no se encontraba entonces una sola persona notable; así es que pronto sobrevinieron desórdenes que permitieron a sus partidarios, los *guillerminos*, así llamados por el nombre de Guillermo Farel, ir tomando cada vez mayor incremento (1). Como el partido católico se mostraba audaz, desde la partida de Calvino, esto sirvió de pretexto a los protestantes de Ginebra para agruparse al rededor de aquel. Las amonestaciones que dirigió el cardenal Sadolet a los ginebrinos para que volvieran a las creencias de sus padres, dieron motivo a que Calvino le contestara con una audacia, fuerza y habilidad, que aumentaron las simpatías que todos los protestantes sentían por su legislador. Por otra parte, Berna insistía en sus pretensiones de dominar sobre Ginebra, libre de poco tiempo a aquella parte, y los partidarios que en la ciudad tenía esta idea, los *alcachofas* (*artichauts*) que en otro tiempo habían sido los más decididos adversarios de Calvino,

(1) Calvino había estado en continua comunicación con ellos, como lo demuestran sus cartas *Calvinus Fidelibus Genevensibus, Argentorati*, 1.º de octubre de 1538; y *Calvinus Genevensi Ecclesia Argentina*, 25 de junio de 1539. En esta última aprovecha con gran habilidad la insuficiencia de sus sucesores en Ginebra para desempeñar los cargos eclesiásticos. Por lo demás, los desórdenes que acontecieron en Ginebra, después de la marcha de Calvino, han sido muy exagerados por las apasionadas palabras de este. Véase Roget, *Historia del pueblo de Ginebra desde la Reforma hasta l'Escalade* (Ginebra 1870) I, 139.

fueron objeto del odio general, de suerte que acontecieron sangrientas colisiones entre ellos y los defensores de la independencia de Ginebra; y en el verano del 1540 fueron desterrados o ejecutados los caudillos de los primeros. Con esto quedó decidida la victoria en favor de los guillerminos, y se notificó a Calvino que podía desde entonces regresar a la arrepentida Ginebra.

Calvino se resistió por mucho tiempo, aunque con formas corteses, a volver a la ciudad, pues su posición en Estrasburgo le complacía en extremo, y además temía la volubilidad de los ginebrinos; pero por fin cedió a las continuas y apremiantes instancias de estos y a las exhortaciones de sus amigos que comprendían la importancia de la ciudad del Lemán. En efecto, en 13 de setiembre de 1541 entró rodeado de todos los honores imaginables y como un príncipe victorioso, en la ciudad que tres años y medio antes le había arrojado de su recinto, y que desde aquel momento había de pertenecerle por completo y a cuyo nombre había de unirse eternamente el recuerdo de su poderosa actividad.

Calvino regresó, pues, a Ginebra como vencedor, poniéndose a su disposición todas las autoridades, y se estableció como instrumento del Señor para realizar la obra divina en la importante ciudad del Ródano. Entonces se dedicó formal y activamente, aunque de un modo conciliador, a ordenar el embrollado estado en que se encontraban las cosas, lo cual logró en sus puntos capitales en el espacio de algunas semanas. Pero sus intenciones iban más allá: toda la vida privada, pública, civil y religiosa debía acomodarse al espíritu del Evangelio, tal como él lo concebía, para que una completa unidad de vida y de doctrinas le permitiese crear un Estado de Dios sobre la tierra. A este fin, ayudado por algunos fieles de los Consejos de la ciudad, formuló sus ordenanzas eclesiásticas, que muy pronto fueron adoptadas, con ligeras modificaciones, por ambas corporaciones y que en 1542, después de algunas dificultades, aceptó la Asamblea general.

La soberanía del pueblo quedó sentada en el carácter democrático de las doctrinas de Calvino, siendo de su incumbencia en el terreno religioso la elección de los sacerdotes; pero el reformador, con sus opiniones teocrático-dominadoras, limitó prácticamente en sus ordenanzas este derecho del pueblo, tan lato en teoría. Los aspirantes a los cargos eclesiásticos debían someterse a un riguroso exámen que se verificaba ante una asamblea de predicadores, llamada la *Venerable Compañía*, la cual presentaba los más aptos al Consejo, no teniendo el pueblo más que un derecho de sanción de escasa importancia. Una vez creada esta unión entre los sacerdotes y el pueblo, ya no podía romperse, a no ser que aquellos se hiciesen reos de herejía o llevasen una vida licenciosa. Calvino fué quien en realidad ejerció en Ginebra el derecho de nombrar y destituir a los sacerdotes; y cuando el pueblo alguna vez hacía uso de su ilusoria soberanía nombrando algún sacerdote, veíase sujeto a la más rigurosa y, en caso necesario, dura dirección y vigilancia de parte de los demás, y al nombrado se le imponían a su vez los más rígidos deberes en su conducta y una infatigable actividad espiritual. Todos los pastores del territorio de Ginebra formaban una Congregación, en la cual semanalmente la Venerable Compañía examinaba las costumbres y doctrinas de los congregantes y deliberaba acerca de todos los intereses eclesiásticos que las más de las veces se confundían con los políticos.

Es de notar que la influencia que por un cúmulo de circunstancias favorables ejerció Calvino en un Estado pequeño como Ginebra, no podía ni pudo tenerla el clero en las grandes municipalidades, a las cuales pertenecían poderosos

personajes seculares. Solo en Ginebra se presenta en todo su carácter democrático la teoría de Calvino.

En Ginebra redactó también Calvino las ordenanzas así eclesiásticas como civiles, que en enero de 1543 fueron definitivamente aceptadas por la Asamblea de los ciudadanos, y a las cuales siguieron una serie de disposiciones encaminadas a unificar la administración pública y la municipal. Es verdaderamente admirable que un teólogo se dedicase con tanta energía y tanta inteligencia a todas aquellas cuestiones técnicas, y pudiese tratar así de las materias jurídicas como de las administrativas de una manera tan armónica y constante. ¡Qué hombre de Estado tan eminente! ¡qué organización tan notable la de aquel sacerdote! La claridad, la precisión, el ordenado método y la lealtad son las cualidades que más sobresalen en las Ordenanzas de Calvino y que se ven robustecidas por una actividad a toda prueba.

El principio de autoridad presidió así en lo religioso como en la esfera civil. La Asamblea general de ciudadanos apenas tuvo más atribuciones que la elección del Consejo; pues el verdadero poder residía exclusivamente en este último y en el Pequeño Consejo, compuesto de veinticinco individuos. Las bases sobre que descansaban la administración y el derecho penal eran rigurosas, extraordinariamente rigurosas. La cárcel, la tortura, la pena capital eran aplicadas a delitos relativamente leves, especialmente a los que atentaban a la moral o al nombre de Dios. En el espacio de cuatro años, entre los 15,000 habitantes que entonces contaba Ginebra, se habían verificado de 8 a 900 prisiones; se habían publicado 76 decretos de destierro y dictado 58 sentencias de muerte, de las cuales muchas fueron aplicadas a aquellos sobre quienes solo pesaba una mera sospecha, a pesar de haber sido sujetados a los más crueles tormentos. Si calculamos que el número de hombres adultos ascendía a 5,000, encontraremos que en aquel espacio de tiempo la sexta parte de los ciudadanos ginebrinos fueron encarcelados y la trigésimaséptima desterrados o conducidos al cadalso; proporción semejante a la que nos ofrece el período del Terror de la República francesa. Los delitos más perseguidos fueron la brujería y la *fabricación de la peste*. En tres meses fueron ejecutados, durante el año 1545, treinta y cuatro personas acusadas de estos delitos, sin contar los infelices que murieron en la cárcel o en el tormento, o que voluntariamente se dieron la muerte. ¡Qué horrible indiferencia hacía el bienestar y la vida del hombre la de aquel Calvino, que tan poco valor físico mostraba (1)!

Los elementos espirituales y terrenales estaban íntimamente unidos en un tribunal, el Consistorio, que pronto tuvo las más amplias facultades jurídicas. Constituíanlo seis sacerdotes principales de la ciudad y doce seglares ancianos, elegidos de entre los miembros del Pequeño Consejo; tenía la inspección y vigilancia sobre la vida, costumbres, creencias y asistencia a la iglesia de todos los ginebrinos y debía emplazar a aquellos cuya conducta le pareciera reprensible imponiéndoles penitencias religiosas, multas, excomuniones, o relajándoles, en caso necesario, el brazo seglar para que les aplicara mayores castigos. ¡Ay de aquel que en punto a creencias se apartaba de las fórmulas prescritas por Calvino! El que jugaba a los naipes o solamente a los bolos; el que durante el servicio divino se reía o se permitía hacer burla de las ceremonias religiosas o de los sacerdotes, era públicamente reprendido y entregado, para aplicarle el condigno castigo, al brazo seglar. No solo se ponía riguroso freno al lujo, sino que se prohibían aun las más inocentes diversiones

(1) Ejemplo de ello son el hecho de huir al menor peligro y la conducta por él seguida durante la peste de 1542 a 1543.—Kampschulte, 484.

nes, como el baile, los juegos, las fiestas populares y de familia. También se mandaron cerrar todas las tabernas reemplazándolas con casas de comidas, sostenidas por el Estado, en las cuales se oraba más que se bebía. No podían ponerse a los niños nombres que no se encontraran en la Biblia, y en vez de Ami ó de Filiberto, se llamaban los ginebrinos Melquisedec, Abraham ó Zacarías. La prohibición de hablar contra el orden establecido era rigurosísima en lo referente a la imprenta y para las publicaciones impresas había una censura que con sin igual dureza pesaba sobre la ciudad y sobre su territorio.

Calvino consiguió ver realizados sus ideales en Ginebra en fuerza de su admirable, aunque terrorífica constancia, habiendo formado un Estado religioso comparadas con el cual todas las antiguas teocracias parecían puramente terrenales, y en el cual la vida material era solo considerada como el fundamento necesario de una vida superior religiosa. El espíritu religioso de un convencimiento leal, heroico, íntimo, pero también duro, inflexible é intolerante, imperaba en el Estado y en la conciencia de todos los ciudadanos. La Biblia y la espada eran los símbolos inseparables del calvinismo, cuya divisa, al revés de lo que acontecía en el pacífico y humilde luteranismo, era la lucha, la opresión de los enemigos en el interior y la guerra de conquista en lo que al exterior se refería.

El infatigable reformador arregló el culto de un modo que siguieron constantemente todos sus adeptos. Ya se deja comprender que todo cuanto recordaba a la Iglesia católica quedaría suprimido y tratado con más rigor de lo que había sido la secta de Lutero. Todas las ceremonias, todo cuanto podía herir la imaginación quedó proscrito, y el templo se mostró completamente desprovisto de todo adorno. El punto principal del servicio divino era el sermón, la oración pública hecha en la lengua patria y el canto de los salmos, para los cuales se seguía generalmente la traducción de Marot. Ningún día se pasaba sin sermón, y el domingo se celebraba cuatro veces el servicio divino: tarea pesada para los sacerdotes, pero más pesada aun para los seglares que no podían faltar a ninguno de estos cuatro servicios. Cuatro veces al año se administraba también la comunión.

Este culto era, como se ve, sencillo y árido, y apesar de esto había impresionado a los creyentes más que el católico, pues no solo dominaba en su corazón, sino en todo su pensamiento.

Por lo demás, Calvino dedicó sus más asiduos cuidados a la caridad y a la instrucción, las cuales, como es de suponer, estaban en su sistema íntimamente ligadas con la Iglesia, y solo venían a ser dos aspectos de la vida religiosa.

Por último, el pensamiento que presidía a todo el ideal de Calvino y de sus partidarios era resucitar el antiguo Estado judaico, que aspiraba a la realización de la divina enseñanza, de la cual fueron campeones los sacerdotes, los príncipes, los hombres de Estado y los guerreros.

Mientras la actividad de Calvino llamaba extraordinariamente la atención en todo el Occidente y atraía a Ginebra gran número de partidarios de la causa protestante, esta encontraba en la misma ciudad grandes contradicciones, pues las más de las veces los amigos espirituales de Calvino no obedecían los preceptos que se les imponían en la esfera moral como representantes y columnas del reino de Dios. Solo el reformador era irreprochable bajo el punto de vista de la moralidad. La peste y el hambre asolaron la ciudad; la existencia oscura del nuevo orden de cosas, la represión de los elementos populares, las persecuciones jurídicas, de las cuales se declara Calvino, en sus cartas latinas, promovedor é instigador, contribuyeron también a hacer insoportable para